

disculpa forma su acusacion. Ella demuestra que habia descuidado, por completo, todas las precauciones que está obligado á tener un general. Habia visto con desprecio al enemigo; desdeñó vigilar sus movimientos; dejó á los enviados de Cortés comunicar con sus soldados, contentándose con hacer alarde de sus fuerzas delante de ellos, creyendo que esto era bastante para ganarlos; y habia hecho, en fin, todo lo contrario á lo que el arte de la guerra ordena.

Nadie, por lo mismo, fué culpable de su derrota mas que él mismo.

En sus manos, la difícil empresa de la conquista hubiera fracasado desde el principio.

Cortés era un traidor: é que dándole S. M. licencia se lo haria conocer de su persona á la suya, é que era hombre sin verdad, é otras muchas feas palabras llamándole alevoso é tirano, é ingrato á su señor, é á quien le habia enviado á la Nueva-España, que era el adelantado Diego Velazquez á su propia costa, é se le habia alzado con la tierra, é con la gente é hacienda, é otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prision la contaba muy al revés de lo que está dicho. Lo que yo noto de esto es, que con todo lo que oí á Narvaez, (como yo se lo dije) no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenia de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que lo que hizo. E á todo decia él que le habian vendido aquellos de quienes se fiaba, que Cortés les habia sobornado.»

CAPITULO XI

Llegan á Cempoala los dos mil indios de Chinantla.—Cortés les obsequia —Todo el ejército de Narvaez se queda con Cortés.—Manda éste que se les vuelvan sus armas y caballos.—Disgusto que esto causa en los soldados vencedores.—Palabras que Cortés dirige á Alonso de Avila y contestacion de éste.—Origen de las viruelas en Méjico.—Cortés recibe noticias del levantamiento de la capital.—Vuelve en socorro de Alvarado.—Acto sangriento y reprobable de Alvarado con la nobleza azteca.—Cortés le reprende por su conducta.—Algunas aclaraciones y reflexiones sobre el hecho de Alvarado.

1520.

Mayo 27.

Á la lluviosa noche del combate siguió un dia despejado y bello. La luz del sol del 27 de Mayo, brilló fulgente en un cielo sin nubes, alumbrando el ensangrentado escenario en que se disputó la victoria. La claridad presentó ante los ojos de los vencidos, el corto número de sus vencedores. Al ver á estos cubiertos de débiles petos de algodón, sin cascos ni babera, armados únicamente de lanzas, espadas y puñales, se avergonzaron de su derrota y mur-

muraron de la impericia de su general. Pero era ya tarde para probar que de otra manera no hubieran sido vencidos. La artillería, los arcabuces, las espadas, todas las armas, en fin, se hallaban en poder del vencedor, y no podían los vencidos hacer otra cosa sino esperar lo que determinase el jefe victorioso. En aquellos momentos se presentaron en Cempoala los dos mil indios de Chinantla, que Hernan Cortés había pedido al cacique de aquella provincia, que, como he dicho, había reconocido espontáneamente por soberano al rey de España. Era gente robusta y guerrera, irreconciliable enemiga de los mejicanos y no menos diestra en el arte de la guerra que éstos. Llegaron al campo español en notable orden, marchando de dos en dos, armados de largas lanzas con cortantes puntas de duro pedernal, llamado iztli, no menos penetrantes que el mismo acero. Todos llevaban en el brazo izquierdo una caprichosa rodela, y pintados los cuerpos con resaltantes colores. Alternando con los lanceros, iban, con no menos arrogancia, los flecheros, que eran jóvenes, altos y de robusta musculatura. Al frente de cada cuerpo marchaban de capitanes los caciques de sus mismos pueblos, ostentando lujosos penachos de brillantes plumas y empuñando la pesada macana. Los abanderados tremolaban sus caprichosos estandartes, y los tambores y las trompetillas que formaban sus instrumentos bélicos, sonaban sin cesar marcando la marcha. Al llegar al amplio atrio en que se hallaba Cortés, exclamaron dando gritos y silbos: «¡Viva el rey, viva el rey y Hernan Cortés en su real nombre!» (1). Al frente de

(1) «Y entraron en Cempoala con muy gran ordenanza, de dos en dos;

los bravos guerreros indios iba un soldado español, llamado Barrientos, que los acompañaba, y que Cortés había enviado á Chinantla, cuando marchó Tovilla á la misma provincia, á mandar hacer las lanzas.

El jefe castellano les recibió con agrado, y les obsequió como á leales amigos. Cierto es que habían llegado tarde; pero para el objeto de Cortés, que era demostrar á Narvaez y sus soldados, los recursos que tenía en el país, se habían presentado á tiempo. Por medio de Gerónimo de Aguilar y de Marina, manifestó á los caciques lo que había pasado; les expresó, con afectuosas palabras, su gratitud por haber acudido á su llamamiento; les hizo algunos regalos, contándose entre ellos abundantes cuentas de vidrio, y les dijo que se volvieran á su provincia, sin hacer daño á los pueblos que encontrasen á su paso.

Deseando Hernan Cortés manifestarse generoso con los vencidos, llamó á los oficiales prisioneros, entre los cuales tenía bastantes amigos, y de ellos no pocos que se habían mostrado favorables á su causa en las conversaciones con el padre Olmedo. Les pintó, en breves palabras, pero con brillante colorido, el estado favorable del país con respecto á España. Todas las provincias, repúblicas, reinos y señoríos se habían declarado vasallos de la corona de Castilla. El mismo Moctezuma y su poderoso imperio habían hecho lo

y como traían las lanzas muy grandes y de buen cuerpo... y traía cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes y atambores y trompetillas, y entre cada lancero y lancero un flechero, y dando gritos y silbidos decían: «Viva el rey, viva el rey, y Hernando Cortés en su real nombre.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

mismo, y en los cuarteles de la capital habia dejado á Pedro de Alvarado, cuidando los tesoros cedidos por el monarca azteca. Pero existian, les dijo, territorios aun mas abundantes en oro y plata. Sus habitantes eran enemigos de los mejicanos; pero se habian ofrecido á recibir como amigos á los españoles. El país brindaba á todos con gloria y riquezas, y á los habitantes con un cambio feliz en su vida religiosa y social. El elocuente general, despues de presentarles el risueño cuadro de la felicidad, del honroso servicio que podian prestar al monarca y á Dios, terminó su discurso con una proposicion lisonjera y franca. En ella ofrecia facilitar á los que deseasen volver á Cuba, los buques necesarios para ello; á los que anhelasen unirse á sus banderas, para aumentar nuevas tierras á la corona de España, los mismos grados y honores que habian tenido con Pánfilo de Narvaez.

El noble rasgo de Cortés acabó de cautivar á los bravos oficiales que le habian escuchado con placer, y todos, sin excepcion, se ofrecieron á servir bajo sus banderas. El jefe castellano les abrazó cordialmente y les regaló preciosas joyas, no como dádiva de valor, les dijo, sino como prueba de sincera y leal amistad. El ejemplo de la oficialidad fué imitado inmediatamente por los soldados, y la fraternidad reinó desde aquel instante en los que dos dias antes se miraban como enemigos.

Solamente Pánfilo de Narvaez, Salvatierra y Diego Velazquez, sobrino del gobernador de Cuba, fueron enviados con buena escolta, á la Villa-Rica.

Hernan Cortés obsequió tambien con ligeros presentes de telas y mantas á los soldados de Narvaez, y dispuso

que se les volviese los objetos de que habian sido despojados por los que les hicieron prisioneros, puesto que no formaban ya mas que un solo ejército.

Esta disposicion del general, disgustó á los que siempre habian servido bajo sus banderas. Muchos de ellos se veian dueños de equipajes quitados en medio de la lucha al enemigo, de armas y de caballos, y les era sensible volverlos, cuando los juzgaban adquiridos con el derecho de la guerra. No era el menos descontento Bernal Diaz del Castillo. Habia logrado hacerse, como él dice, de «un caballo, con todos sus arneses, de dos espadas, tres puñales y una adarga.» y murmuró de la disposicion dada por Cortés (1). Creyéndola injusta, se negaron al principio á obedecerla; pero aunque al fin, obligados por el deber de obediencia al jefe, entregaron el botin alcanzado, siguieron manifestando en alta voz su descontento. «Se nos habia declarado,» decian, «una guerra á muerte; nos llamaban traidores, y se dió una órden para que se nos despojase de lo que teníamos: hoy, que somos los vencedores, en vez de recompensas por nuestra lealtad y por las penalidades sufridas, se nos obliga á volver lo que hemos ganado. Nuestro general cuida mas de los que le han combatido, que de los fieles soldados que le han seguido despreciando la muerte.» Los descontentos, queriendo que llegase á conocimiento de Cortés el profundo disgusto que les habia causado verse privados de lo que, por

(1) «Húbose de hacer lo que mandó, que yo les di un caballo que tenía ya escondido, ensillado y enfrenado, y dos espadas y tres puñales y una adarga, y otros muchos de nuestros soldados dieron tambien otros caballos y armas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

ley de guerra, les pertenecía, comisionaron al padre Fray Bartolomé de Olmedo y al capitán Alonso de Avila para que se lo hiciesen presente. El religioso expuso con noble franqueza, las quejas de la tropa y las razones en que las apoyaba; y el capitán Alonso de Avila comparó su conducta con la del desagradecido Alejandro, que después de alcanzada una victoria, honraba y favorecía más á los soldados que vencía, que á los suyos que le habían dado el triunfo. (1).

Hernán Cortés quedó sorprendido de las observaciones de los dos comisionados. Parecía que la suerte, para probar su firmeza y su constancia, le presentaba iguales dificultades antes de la victoria como después de ella. Atento y afectuoso, trató de manifestar que nada estaba más lejos de su pensamiento que ser ingrato con sus valientes soldados, á quienes, después de Dios, era deudor de los sucesos prósperos que, en bien del rey y de la religión, se habían operado. «Todo cuanto tengo, hasta mi persona y mis bienes,» añadió con elocuente acento, «son de mis soldados. Pero nuestros nuevos compañeros son mucho más numerosos que nosotros; puede decirse que más bien estamos nosotros en su poder, que ellos en el nuestro. Además, no son ya nuestros contrarios, sino nuestros com-

(1) «Y como Alonso de Avila era capitán y persona que osaba decir á Cortés cosas que convenían, é juntamente con el padre Fray Bartolomé de Olmedo, hablaron aparte á Cortés, y le dijeron que parecía que quería remedar á Alejandro Macedonio, que después que con sus soldados había hecho alguna gran hazaña, que más procuraba de honrar y hacer mercedes á los que vencía, que no á sus capitanes y soldados, que eran los que los vencían.»—Bernal Díaz. Hist. de la Conq.

pañeros; forman un solo ejército con nosotros, y se disponen á ayudarnos en la empresa que hemos acometido. Justo es, por lo mismo, obsequiarles como á compañeros que quieren participar de nuestras dichas y de nuestros peligros y trabajos.»

Sólidas le parecieron al padre Olmedo las razones de Cortés; pero no así al otro comisionado que le acompañaba. Alonso de Avila era de carácter altanero y osado, que se detenía poco á examinar el peso de las razones que se le dirigían. Todos los oficiales y soldados de aquel ejército de voluntarios, se creían con los mismos derechos y tenían las mismas pretensiones; y se presentaban con firmeza á reclamarlos, siempre que llegaba á parecerles que la autoridad se había excedido de las facultades que le habían concedido. Amaban á Cortés y le respetaban, porque reunía á la afabilidad, el valor; á la inteligencia, la franqueza; á la energía, la liberalidad: porque era el primero en atender al soldado, el primero en el peligro, el primero en la fatiga, el último en el reposo. No había uno solo que no estuviese dispuesto á morir bajo sus banderas; pero cuando creían que algunos de sus actos atacaba el más insignificante de sus derechos, entonces le pedían, que no excediese de los límites que le correspondían. Era preciso un genio superior, como el de Hernán Cortés, para haber logrado alcanzar la influencia que ejercía sobre aquellos soldados de carácter independiente y atrevido. «Eramos casi todos hidalgos,» dice Bernal Díaz con orgullo, y «nos ilustramos mucho más que de antes, con heroicos hechos y grandes hazañas que en la guerra hicimos, peleando de día y de noche, estan-

do tan apartados de Castilla, ni tener otro socorro ninguno, salvo el de Nuestro Señor Jesucristo, que es el socorro y ayuda verdadera (1). Alonso de Avila, que iba en representacion de esos soldados, y que, como ellos, se creia atacado en sus derechos con la órden de Hernan Cortés, lejos de manifestarse satisfecho con las razones expuestas por el jefe, las contestó con altanería, calificando de injusta la disposicion. El general español, reprimiendo su enojo, le dijo entonces con severidad, para poner fin á la entrevista: «No obligo á nadie á que me siga: el que no esté contento puede marcharse: las mujeres en Castilla paren soldados.» «Es verdad,» respondió con audacia Alonso de Avila; pero tambien paren capitanes y gobernadores» (2).

Los soldados, al escuchar del padre Olmedo las razones expuestas por su general, comprendieron que tenia razon. Hernan Cortés les habló luego con dulce afabilidad sobre el mismo asunto, manifestándoles lo conveniente que habia juzgado para todos la disposicion dictada. Les repitió que todo lo suyo era para sus antiguos y fieles compañeros; y que entonces, mas que nunca, estaba empeñado en proporcionarles gloria y riquezas. Los soldados se manifestaron satisfechos con las razones de su general, y nadie volvió á quejarse de su disposicion. Tambien Alonso de Avila llegó á conformarse con lo hecho, y Hernan Cortés le obsequió con algunas joyas de bastante estima.

(1) Bernal Diaz. Hist. de la Conq. cap. CCVII.

(2) «A esto respondió el Alonso de Avila, y le dijo ciertas palabras algo soberbias, de tal manera, que Cortés le dijo que quien no le quisiese seguir, que las mujeres han parido y paren en Castilla soldados; y el

Entre la gente de la servidumbre de Narvaez, fué por desgracia un negro, que dió origen á la terrible peste de las viruelas. Iba enfermo de ellas y la enfermedad se propagó á poco entre los cempoaltecas, extendiéndose despues á Tlaxcala y otras provincias.

Viéndose Hernan Cortés al frente de cerca de dos mil hombres de tropas españolas, con abundante artillería y municiones; dueño de diez y ocho buques, y sin temor de nueva armada de Velazquez, pensó ocupar una parte de la gente, en nuevas expediciones en las costas del golfo de Méjico, mientras con la otra se dirigia á la capital del imperio azteca, con objeto de afirmar la conquista. Puso á las órdenes de Juan Velazquez de Leon, ciento veinte hombres para que asegurase la conquista de Pánuco y lo colonizase. Bajo el mando del capitan Diego de Ordaz puso igual número, para que formase en Goatzacoalco la colonia que se abandonó por la llegada de Narvaez; y solo iban en cada uno de estos destacamentos veinte soldados de los antiguos veteranos, que, como mas conocedores del pais, se hacian, por decirlo así, indispensables en toda expedicion. Dos buques, con su correspondiente marinería y pilotos, dió además á cada uno de los expresados capitanes. A Juan Velazquez de Leon, para que desde el rio Pánuco fuese á descubrir la costa, observando las condiciones de ella; y á Diego de Ordaz, á fin de que enviase en ellos persona inteligente y honrada que comprase, en la isla de Jamaica, gallinas de

Alonso de Avila dijo con palabras muy soberbias y sin acato, que así era verdad, que soldados y capitanes é gobernadores.» — Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

Castilla, becerros, yeguas, cerdos, ovejas, cabras y toda clase de ganado que allí habia de España, pues Goatzacoalco presentaba condiciones favorables á su propagacion. A fin de evitar que nadie pudiese hacer uso de los buques que componian la escuadra y diese aviso al gobernador de Cuba de lo que habia acontecido, envió á la Villa-Rica al capitán Francisco de Lugo, con orden de que hiciese sacar de ellos, velas, cordaje, timones, agujas y herramientas. Nombró superintendente de la escuadra á Pedro Caballero, persona de toda su confianza, que habia ido en la armada de Narvaez mandando uno de los buques, y recibió juramento de fidelidad de los pilotos y contramaestres, á quienes hizo que fuesen con este objeto á Cempoalo. Dado á reconocer como jefe de la marina á Pedro Caballero, ordenó á éste que, en caso de que enviase el gobernador de Cuba algun buque y entrase en el puerto, llevase presos á los oficiales á tierra, y dejase la nave sin velas, cordaje ni timon, como se hallaban las otras.

Mientras la tropa de Juan Velazquez de Leon y de Diego de Ordaz se dirigian hácia Pánuco y Goatzacoalco, recibió Hernán Cortés alarmantes noticias de Méjico, que trastornaron sus proyectos y le obligaron á no desprenderse de ninguna de las fuerzas que tenia. La ciudad, en masa, se habia levantado contra la guarnicion que habia dejado en ella. Un mensajero, por medio del cual envió Cortés á Pedro de Alvarado, hacia doce dias, la fausta noticia del triunfo alcanzado sobre Narvaez, era el que acababa de llegar de la capital con la terrible nueva de su levantamiento. El mensajero entregó al general español una carta de Al-

varado. En ella decia, que los mejicanos se hallaban sobre las armas y que habian atacado los cuarteles españoles por todas partes, con furia espantosa. Los sublevados, añadía, habian puesto fuego, por varias partes, al edificio; les tenían quitada gran parte de los bastimentos, y habian quemado los bergantines. Pintaba su situacion como desesperada; y le hacia saber que, merced á los esfuerzos de Moctezuma, que consiguió contener á la multitud mandando que no diese guerra á los hombres blancos, se hallaban con vida. Sin embargo, agregaba, que el peligro era el mismo; el pueblo, obedeciendo á su monarca, no atacaba ya los cuarteles, pero los tenía cercados, sin permitir que entrase nada en ellos: varios de los aliados tlaxcaltecas habian sucumbido en los combates, y algunos soldados españoles se hallaban heridos. Alvarado concluía su carta, rogando á Cortés que le enviase inmediatamente auxilio, pues se encontraba en la mas extrema necesidad; si se retardaba el envío de tropas, pereceria, sin remedio, con todos sus compañeros.

La misma infausta noticia le dieron cuatro nobles que envió Moctezuma, y que llegaron á Cempoala al mismo tiempo que el mensajero de Alvarado. Pero los personajes enviados por el emperador azteca manifestaron la causa del levantamiento. Profundamente conmovidos, se quejaron, en nombre de Moctezuma, de la conducta observada por Alvarado. Dijeron que sin motivo ninguno, habia mandado matar á un número crecido de nobles en los momentos en que se ocupaban de celebrar una fiesta religiosa, acto injustificable que hizo al pueblo tomar las armas. Los mensajeros agregaron que, merced á los esfuerzos del emperador, ha-